

## CONFERENCIA

### **MARGARET THATCHER EN EL CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS\***

En estas páginas se recoge la conferencia pronunciada por la ex Primer Ministro de Gran Bretaña, señora Margaret Thatcher, en su visita al Centro de Estudios Públicos el 23 de marzo de 1993. En esa oportunidad la ex Premier relató las circunstancias en las que asumió el gobierno de Gran Bretaña (1979-1990), destacando los elementos centrales de su ideario político, los principios morales envueltos en la economía de mercado, así como la relación entre sociedad libre y Estado de derecho y la batalla que debe librarse permanentemente en los planos intelectual y de las comunicaciones.

Se reproducen a continuación, asimismo, las respuestas de la señora Thatcher a las preguntas formuladas por los asistentes a la reunión, relativas a la doctrina social de la Iglesia y el capitalismo, políticas sociales, el derecho a la autodefensa y el combate al terrorismo en el ámbito internacional, y las regulaciones en materia del medio ambiente.

**T**ras haber ganado las elecciones generales en 1970, Edward Heath inició un programa resueltamente de libre mercado, que yo suscribí. Participé en el gabinete de Ted Heath durante cuatro años. Pero cuando se intenta cambiar un sistema, lo primero que aflora son las dificultades. Los beneficios tardan mucho más en aparecer.

Las dificultades comenzaron a emerger, ciertamente, cuando procuramos cambiar buena parte del socialismo imperante, en un intento de hacerlo

Transcripción editada y traducida del inglés por el Centro de Estudios Públicos.

todo de una vez, en lugar de optar por el camino más fácil. Entonces enfrentamos una huelga tras otra. Los sindicatos se opusieron abiertamente a la nueva legislación, y ella no fue acatada. Cuando oí por primera vez en la sala del gabinete que la policía había expresado que no creía poder controlar la manifestación que había afuera de tal o cual fábrica, supe que muy pronto habríamos de perder la batalla.

Así ocurrió, a mi juicio, el mayor retroceso para la libertad económica. Nosotros mismos, que habíamos hecho de la libertad económica el tema central de nuestra campaña electoral, optamos luego por no modificar sustancialmente las normas vigentes y recurrimos a políticas intervencionistas en materia de política salarial y de precios, control de dividendos, e intensificamos las regulaciones sobre los diferentes proyectos en desarrollo. Más allá de los permisos requeridos a nivel local, ahora se necesitaba incluso la aprobación de autoridades a nivel nacional para construir una nueva fábrica. Y la mayoría de las veces era imposible edificarla donde uno quería, sino donde la autoridad lo dispusiera. Así, muchas buenas empresas se vieron obligadas a instalarse en ciertas regiones del país en las que sólo obtuvieron pérdidas y, de hecho, más tarde hubieron de cerrar.

Visto retrospectivamente, era auténtico socialismo: a las reglamentaciones desmedidas se sumaba la creencia de que, en algún sentido, la sintonización fina (*fine tuning*), la intervención estatal, eran el sustituto apropiado para consolidar los principios fundamentales. Y así fue que todos nosotros, que habíamos combatido a los socialistas cuando introdujeron las políticas tributarias en 1968-1969, nos convertimos en los mejores exponentes de tales políticas, pues parecía más aconsejable mantener los salarios parejamente bajos en lugar de abordar el problema de la inflación a través de la oferta monetaria. Y la gente llegó a creer que aquello era más justo. Nadie aceptaba que se rebajasen los salarios en una empresa si no ocurría lo mismo en otra. De este modo se rompió la relación directa entre esfuerzo, utilidades y salarios.

Las consecuencias fueron nefastas. Al mismo tiempo, los sindicatos aún retenían un poder enorme. El Partido Laborista, como saben, era el niño mimado de los sindicatos y estaba enteramente de su lado. El gobierno había incluido en su política salarial y de precios una cláusula de reserva en virtud de la cual, habiendo una razón particular para que un sindicato o una empresa no adhiriera a dicha política —una razón justificable a título particular—, podía eximirse de ella. Entonces sobrevinieron las huelgas de los grandes sindicatos y de los mineros del carbón. Por aquella época había más minas de carbón en Gran Bretaña de las que había habido nunca. El gobierno se vio en la necesidad de establecer la semana de tres días y racionar el suministro de energía.

Obviamente, no era ésa nuestra idea de una sociedad libre. Se habían

formado subcomités dentro del Comité Económico del gabinete para atender las innumerables solicitudes de los empleados del sector público que pedían aumentos salariales. Pasé a integrar uno de esos subcomités, puesto que era Secretaria de Educación y de Ciencias a la vez. En una oportunidad recibimos una solicitud de aumento salarial para las secretarías de los miembros del Parlamento. Recuerdo que sencillamente estallé, y dije: "Esto no era lo que tenía en mente al entrar en la política... Y no me importa lo que digan acerca de las secretarías de los miembros del Parlamento o lo que esté permitido pagarles. La mía es vital para mí y les voy a pagar lo que sea necesario".

### Más socialismo (1975-1979)

Ese fue el principio del fin. El fin que deberíamos haber intuido mucho antes. En el tiempo que nos tomó arribar a esa conclusión, los mineros del carbón estaban en huelga, y Ted Heath decidió convocar a elecciones para resolver quién gobernaba, si el gobierno o los sindicatos. Lo que debió haberse hecho, en cambio, era dejar en claro que es el gobierno quien gobierna. La gente decía: "¿Qué hay con que los conservadores ganen una elección más?". No fue sorprendente que perdiéramos esa elección. Irónicamente, lo que habíamos estado practicando era socialismo y perdimos en favor de un gobierno aún más claramente identificado con esos postulados. Nuestro índice de inflación aumentó. Los impuestos subieron. Y se impuso una política de precios y salarios aún más dura. Supongo que la diferencia en este punto está en que los sindicatos ahora controlaban efectivamente el gobierno, lo que por supuesto es nefasto.

Recuerdo vividamente ese período. Fue mi primera experiencia en la oposición y he de decir que teníamos mucho que criticar. Era una labor ardua, pues en ocasiones atacábamos aquello que nosotros mismos habíamos hecho. Es importante aprender de los propios errores.

El país estaba asolado por las huelgas, no tan sólo las del carbón. Porque, en efecto, los mineros habían vuelto al trabajo y luego habían ido nuevamente a la huelga para oponerse al cierre de las minas de carbón. (El secretario del Sindicato Nacional de Mineros había señalado que no debía cerrarse ni una sola mina.) Fue una política desquiciada la que se impuso entonces. Había en el país ciento cuarenta sindicatos, una cifra ciertamente excesiva. Los sindicatos estaban de acuerdo en elevar la productividad siempre que aumentaran los ingresos de los trabajadores. El aumento salarial debía hacerse de inmediato; la productividad quedaba para más adelante. Un sindicato tras otro fueron a la huelga para conseguir mejores salarios o para intentar que la política salarial se volcase a su favor.

Lentamente, sin embargo, la gente comenzaría a decirse: "Esto no es lo

que queremos". Y llegaría el día en que se reconocería que esa conducta sindical no estaba ayudando a elevar el estándar de vida ni a mejorar la situación de los más pobres. Por el contrario, estaba causando mayores penurias y conduciendo a muchas empresas a la quiebra o al cierre. El pueblo fue el primero en percibirlo.

### Regreso a los fundamentos

Entretanto, justo al inicio de ese período de socialismo, fui elegida líder de nuestro partido, lo que fue una sorpresa para todo el mundo, incluso para mí, pues esperaba que el nuevo líder fuera Keith Joseph. Él y yo creamos el Centro de Estudios Políticos (Centre for Policy Studies) inmediatamente después de ser derrotado el gobierno de Edward Heath, en el entendido de que debíamos volver de una vez a los principios esenciales. No fue que los inventáramos. Estaban todos allí, en Adam Smith. Y Adam Smith estaba en lo correcto. Porque no hay que olvidar que Adam Smith escribió y enseñó primero en los campos de la filosofía y la ética. Conocía la naturaleza humana. Y las políticas que él propuso estaban destinadas a permitir que aflorara lo mejor de la naturaleza humana, sabiendo que el gran motor de una nación es el anhelo que suele tener toda persona de proporcionar a su familia mejores oportunidades en la vida; y ello requiere de incentivos. La tarea del gobierno consiste en liberar ese impulso y potencial creativo y generar los incentivos necesarios, penalizando en forma severa a quienes intentan conseguir algo del sistema a cambio de nada.

También sabíamos, ya que por largo tiempo habíamos venido hablando de los derechos humanos, que la libertad es una cualidad moral. El hecho puro y simple es que toda persona es única. Cada vida es inviolable. Cada vida, y por tanto esa libertad en particular, ese talento singular, tienen derecho a emplearse en un marco de respeto a los talentos y las aptitudes de los otros. De modo que no estamos hablando meramente de economía. Ninguna economía puede prosperar si no se respeta la creatividad esencial del hombre.

De estas nociones, y de la elucidación de los principios morales envueltos, derivamos nuestro proyecto para una sociedad de libre empresa en el marco de un Estado de derecho. No existe, amigos míos, nada parecido a la libertad carente de trabas, porque ello equivaldría a la primacía de la libertad del más fuerte por sobre la del débil.

El imperio de la ley debe prevalecer siempre. Algo que entiende fácilmente un inglés, gales o escocés, pues mi país tiene una larga tradición de

derecho consuetudinario, que se remonta a través de los siglos a las decisiones y fallos de grandes jueces. Tiempo después se establecería el Parlamento.

El primer Parlamento inglés data de 1265 y apenas si conseguiríamos, hoy por hoy, reconocerlo como tal, pero fue una primera forma de dispersar el poder del monarca. Primero entre los barones y los terratenientes, y después entre un grupo cada vez más vasto de la población. El Parlamento ejercía por cierto período, y luego se le podía sustituir por un Parlamento nuevo. Otro fundamento de la sociedad libre es, por cierto, el gobierno limitado. No puede existir una sociedad libre si el gobierno es demasiado poderoso.

### Liderando el gobierno

Así pues, cuando asumí el gobierno en 1979, disponíamos de un plan económico apropiado. El primer paso era reducir las facultades gubernamentales y eliminar restricciones y muchas de las regulaciones. Naturalmente, siempre debe existir un marco normativo para la actividad industrial y comercial, así como leyes que regulen las relaciones entre los empleadores y empleados, y normas relativas a la seguridad y calidad de los productos. Pero cuando se tienen demasiadas leyes, cuando se comienzan a regular ciertos detalles, como los que intenta reglamentar ahora la Comunidad Europea, se traspasa el límite de lo que es estrictamente requerido, a saber: un marco general en el cual la empresa debe operar. Y debíamos también reducir los impuestos directos y balancear, en alguna medida, ciertos impuestos indirectos.

Sabíamos, a la vez, que no hay libertad a menos que la propiedad privada se halle diseminada de alguna forma en la sociedad. La propiedad privada es un baluarte de la libertad. Si el Estado es el propietario de todo no habrá ni voluntad ni medios para oponérsele. De acuerdo con la idea de hacer de "cada hombre un capitalista", desarrollamos un plan de acción con medidas concretas, como vender a la ciudadanía las viviendas estatales que hasta entonces subsistían en régimen de alquiler; reservar un paquete de acciones, al momento de privatizar una empresa, tanto para aquellos que seguirían trabajando en ella como para quienes debían abandonarla cuando había un claro exceso de personal. Se otorgó una indemnización por despido, proporcional a los años trabajados en la empresa. En el caso de las principales industrias que privatizamos, como las del acero, telecomunicaciones y portuarias, cada persona despedida obtenía unas mil libras por año trabajado al servicio de la empresa, lo cual equivalía a un pequeño capital. Esos recursos provinieron del contribuyente, y me pareció bien que así fuera. Si hemos de privatizar, "desnacionalizar", hemos de dar un trato verdaderamente justo a cada uno.

Ahora bien, debimos enfrentar grandes dificultades. Es muy difícil persuadir incluso a buenos conservadores de que las políticas discrecionales y la interferencia en el funcionamiento del mercado a través del intervencionismo, la sintonización fina (*fine tuning*), la política de control salarial y de precios no son las vías correctas.

El camino correcto para reducir la inflación no es, sin más, la política salarial. Si se busca reducir la inflación, debe manejarse entonces la masa monetaria. Es preciso conseguir esa inyección de dinero, y la única forma de hacerlo es a través de la tasa de interés. Tampoco sirve de nada corregir la política monetaria si luego se insiste en un gasto público excesivo y en mantener un abultado déficit presupuestario. Y no es bueno subir indefinidamente los impuestos sólo para hacer frente a ese déficit, pues ello sólo redundará en un Estado cada vez más poderoso. Esas y otras cosas fueron las que tuvimos que resolver y las resolvimos. Ciertamente, ellas conformaban "un solo paquete".

También resolvimos, dentro del gasto público ahora más restringido, el problema de financiar en forma adecuada la defensa, pues el gobierno laborista había reducido en exceso el presupuesto de defensa. No olviden que aún estábamos en plena Guerra Fría. La Unión Soviética gastaba por entonces, según nuestros cálculos actuales, cerca del 25 por ciento de su PGB en defensa. Nos estábamos quedando atrás: no disponíamos de las armas nucleares más avanzadas, ni de la tecnología más reciente. Por consiguiente, resolvimos que, dentro de esa reducción del gasto público, debíamos otorgar prioridad a la defensa y al mantenimiento de la ley y el orden interno, lo que efectivamente hicimos. Garantizar la seguridad de un país no es menos importante que controlar la inflación.

Como he señalado, nuestra política constituyó "un solo paquete". Empleo esta expresión, "un solo paquete", porque en cierta ocasión un historiador muy conocido me dijo: "Señora Thatcher, sus políticas son "un solo paquete". Yo respondí: "Sí, claro, desde luego que lo son". Y él replicó: "Nunca ha habido nada igual anteriormente". A lo que yo contesté: "Ocurre, en rigor, en el socialismo". Pero eran efectivamente un solo paquete, en el flanco de la centro-derecha, y eran las políticas apropiadas.

Por cierto, las múltiples huelgas que tuvieron lugar hacia el término del gobierno socialista nos ayudaron en un comienzo. Las gasolineras no podían abastecerse de combustible porque los transportistas estaban en huelga; no se retiraba la basura de las calles porque los basureros estaban en huelga; no se podía enterrar a los muertos porque los cementerios estaban em huelga... y había huelgas en los municipios y en los servicios de salud. Podrán imaginar el efecto que todo ello tuvo sobre la opinión pública. Ganamos las elecciones generales de 1979 con una mayoría razonable, y pusimos de inmediato en marcha nuestro programa de acción.

## Los motivos de la expansión socialista durante la posguerra

Quisiera reflexionar unos minutos acerca de los motivos que influyeron en la popularidad del socialismo en el período de posguerra. Hubo, a mi juicio, dos razones principales para ello. En primer lugar, creo que esa popularidad se debió al hecho de que todos habíamos sufrido —prácticamente a nivel mundial— a causa de la Gran Depresión. Pero la Gran Depresión fue ante todo, me parece, el fruto de un diagnóstico económico equivocado: comprimimos la masa monetaria justo en el momento en que ella debía expandirse. En otras palabras, intensificamos la depresión que ya estaba operando. Y también nos volvimos todos proteccionistas, creyendo que era la forma de salvar puestos de trabajo, pero de hecho la medida en cuestión obstaculiza el comercio, y ésta fue una segunda forma de intensificar la depresión reinante. Mucha gente asoció todo ello con el capitalismo y se dijo: "Probemos esta nueva alternativa". Por otro lado, debieran haberse conocido para ese entonces las historias que comenzaban a circular sobre la Unión Soviética. Sólo que, como contrapartida, debimos aliarnos con la Rusia comunista para derrotar a Hitler. Muchos académicos se volcaron a la izquierda. Muy pronto se eligió en Gran Bretaña un gobierno claramente de izquierda, al tiempo que Churchill, el gran arquitecto de la victoria, fue derrotado. Se nacionalizó industria tras industria, comenzó a imponerse un control tras otro y luego el racionamiento. ¡Cómo les gusta el racionamiento a los socialistas! La guerra terminó en 1945, y recién nos libramos del racionamiento en 1953.

Pero la segunda razón es que el Partido Conservador, en lugar de echar pie atrás en las nacionalizaciones, adoptó también un rumbo socialista. En tiempos de guerra afloran condiciones sociales nunca vistas anteriormente. Y uno empieza a pensar que se debe hacer algo al respecto, cualquier cosa. Lo que la gente no entiende es que tan sólo si se cuenta con una política de creación de riqueza, y no sólo de distribución, se está en posición de crear nuevos puestos de trabajo, generar nuevas viviendas y mejorar la calidad de la enseñanza...

## La batalla de las ideas

No basta tener el programa correcto, es necesario también dar la batalla en el plano intelectual. Afortunadamente, cuando asumimos el gobierno en 1979 muchísima gente que antes había sido socialista nos apoyó porque consideraba que las políticas que estábamos propiciando eran las acertadas. Pero siempre hemos tenido ciertas dificultades con la prensa y los medios de

comunicación. Incluso en algunos periódicos locales, aunque son propiedad de gente vinculada a la libre empresa y cuentan con periodistas muy buenos, hay muchos periodistas que informan desde una óptica izquierdista. Es el viejo problema de que entre los comunicadores y periodistas hay un porcentaje mayor de gente de izquierda, a la inversa de lo que ocurre en los sectores productivos de la sociedad.

Actualmente se difunden por todo el orbe a través de la televisión, en fracción de segundos, noticias altamente seleccionadas. Seleccionadas no por los periódicos —al menos en los periódicos hay muchas opiniones diversas—, sino por grandes consorcios de la información. Es un fenómeno nunca visto antes. La gente emite juicios no tanto a partir de lo que ve, no tanto en virtud de lo que hace, no tanto a partir de lo que lee —aun cuando se venden, gracias a Dios, muchos más libros de los que jamás se habían vendido—. La selectividad de las noticias, más la exigencia de comentarios al instante —antes de que las cosas hayan madurado y hayan entrado a tallar el buen juicio y la sabiduría que brindan la edad y la experiencia—, son algo a lo que no nos enfrentábamos ayer. Ello implica que hemos de plantear nuestra postura con mucho más vigor, procurando que ella arraigue entre los comentaristas televisivos.

Antes de finalizar, permítanme insistir en un tema. La post-data es siempre lo más importante en una mujer. Uno puede elaborar y comenzar a aplicar las políticas correctas, pero si no se persevera hasta que sus beneficios se hagan sentir, todo será inútil. Ted Heath cedió ante los sindicatos. Yo transformé gradualmente los sindicatos. Obviamente, es mejor hacerlo en etapas. El año 1982 fue muy duro para mí, el peor, pues se hacían patentes los efectos económicos más adversos y no se percibía todavía ningún beneficio. A fines de ese año, los beneficios económicos comenzaron a manifestarse. Pero la presión a la que estaba sometida para que retrocediera era colosal. Por eso fue que dije en alguna conferencia: "Esta dama no volverá atrás". Y seguimos adelante y salimos adelante. Pero sólo con absoluta perseverancia, y la convicción intelectual de que era lo correcto y que habríamos de tener éxito. Fin de la post-data.

#### DÍALOGO CON LOS ASISTENTES

*¿Qué significado le atribuye usted a la encíclica Centesimus annus de Juan Pablo II, tanto en contexto europeo como latinoamericano? ¿Cuáles son, a su juicio, las proyecciones que podría tener esta encíclica desde el punto de vista de la legitimación del capitalismo, sistema económico que había sido tradicionalmente objeto de grandes reparos por parte de la Iglesia Católica?*

En el pasado, rara vez se percibió en el capitalismo una cualidad moral: el respeto a la creatividad del hombre y de la comunidad. Una empresa sólo puede forjarse con la cooperación de mucha gente: conlleva en su esencia tanto al individuo como a la comunidad. Y es por ello que el fracaso del socialismo, y de las economías socialistas, no fue puramente técnico. Fue un fracaso en términos de no percibir el derecho humano a la empresa privada y a la propiedad privada.

Juan Pablo II ha hecho al respecto una propuesta muy importante en *Centesimus annus*. Y el Pontífice católico sabe muy bien lo que es el comunismo, porque es una de las voces más autorizadas en esta materia. Recurro a esta encíclica una y otra vez. La libertad es una cualidad moral, la libertad económica es parte fundamental de la libertad. La libertad no es tal a menos que haya libertad económica. Es la creatividad del hombre la que nos brinda un nivel de vida más alto, y no los recursos naturales existentes en un país. De ser así, Rusia sería hoy el país más rico del mundo. Al negar la libertad de culto y la libertad de empresa, la ex URSS se convirtió en uno de los países más pobres. El Papa se refiere también al papel de los sindicatos, a que todos debieran disfrutar de salarios justos, pero lo esencial de todo ello es la cualidad moral de la libertad.

Me irrita cuando oigo decir que la economía de mercado es implacable o cuando se sugiere que es una invención de algunos intelectuales o economistas o de ciertos políticos. La economía de mercado es la forma de intercambio de bienes y el lugar de encuentro más antiguos que ha conocido el hombre. Quien fabrica o cultiva algo ¿dónde lo vende si no es en el mercado? ¿No tenía acaso, cada pueblo y cada aldea, su propio mercado? Es la vida real del hombre lo que bulle en el mercado.

Durante mi gobierno, tras hacer todos una enorme labor de creación de riqueza, la suma que en el período llegó a destinarse a fines de caridad se duplicó en términos reales. La gente en democracia no es egoísta. Es en la sociedad comunista donde no existen las organizaciones voluntarias. Piénsese en el pueblo estadounidense, conocido por su generosidad, canalizada en infinidad de instituciones voluntarias de beneficencia y ayuda social. Ello se debe a que la gente que arribó allí, provista de una ética basada en la Biblia, no fue en busca de subsidios, porque no los había. Lo hicieron para trabajar duro, para poner en juego su talento creativo, para valerse por sí mismos y velar por sus familias. Sabían, además, que sólo podrían sobrevivir si reconocían la obligación de cuidar del vecino como lo harían consigo mismos en idénticas circunstancias. Ese sentido del deber y de la libertad fueron incorporados luego a la Constitución de los Estados Unidos. El *Wall Street Journal* destacaba hace poco la cuantiosa suma donada a instituciones de caridad en los Estados Unidos durante año 1993. Los hechos están ahí.

*Usted mencionó que la actividad industrial debe ser normada por un marco mínimo general. ¿Qué papel les asigna usted a las regulaciones relativas al medio ambiente en una sociedad libre?*

Evidentemente, debe haber ciertas regulaciones. Pero el verdadero problema con el medio ambiente radica hoy, a mi entender, en el carácter insuficiente de la información y conocimientos de que disponemos. No tenemos certeza, cuando se detecta un fenómeno inquietante, que ello se deba a la acción del hombre... Debemos seguir reuniendo cifras y datos. Si hay un agente químico que aparentemente esté causando alguna anomalía, lo más sabio será, obviamente, sustituirlo.

La población mundial asciende hoy a cinco mil quinientos millones de personas. Según algunos cálculos aproximados, en el siglo XIX había en la Tierra, al parecer, tan sólo unos mil millones de personas. Y dados los índices de crecimiento demográfico y de supervivencia, se espera que haya diez mil millones para el año 2050. No sólo habrá nueve mil millones más de personas, sino también otros nueve mil millones de cabezas de ganado extra. Ya saben que la proporción es, *grosso modo*, uno a uno. Puede que suene extraño, pero estoy considerando, en términos estadísticos, los datos de referencia de especialistas en el campo de la economía agrícola. Digo esto porque la contaminación no proviene únicamente de la industria moderna. Proviene también de la crianza del ganado. Las aguas contienen cada vez más elementos provenientes de la actividad ganadera. Así que debe haber regulaciones al respecto. No podemos permitir, sencillamente, que los ríos y las aguas sean contaminados; no es civilizado. En Gran Bretaña hay una entidad nacional encargada de que los ríos se mantengan lo más puros posibles. De hecho, se hacen regularmente las pruebas experimentales requeridas para garantizarlo, y dichas mediciones y controles se han extendido, poco a poco, a las playas. El tema, por tanto, sí nos preocupa. Debemos preservar la calidad de vida en niveles decentes.

Y cuanto más sofisticada sea la industria química, mayor será aquella parte de los recursos que deberá destinarse a generar los cambios químicos necesarios para deshacerse de las sustancias peligrosas. Cuantos más elementos radiactivos existan, cuantos más elementos electrónicos haya, tanto mayor será la necesidad de contar con ciertas normas relativas a la eliminación de los agentes químicos. Es ese tipo de contaminación el que hoy tenemos en el planeta y hemos de tener normas que la regulen.

Recuerdo haber recibido el mensaje del Instituto Scott Palmer, de la Universidad de Cambridge, sobre el adelgazamiento de la capa de ozono, cuando me disponía a pronunciar un discurso en las Naciones Unidas. No

sabemos hasta hoy si se trata de un fenómeno natural o no. Lo que debemos hacer es un seguimiento cuidadoso, tomar ciertas precauciones razonables para evitar que empeore con la actividad del hombre. Es una cuestión de sentido común. En cuanto al tema del calentamiento global — que estaba muy de moda hace cinco años— hoy pareciera haber quedado de lado. Y, al igual que con otros fenómenos, es preciso seguir observando atentamente.

Como ustedes saben, hubo cuatro grandes comisiones de estudio para la Conferencia de Río de Janeiro sobre el medio ambiente (1993). La comisión que abordó el problema del calentamiento global se organizó en Gran Bretaña y yo le dije a su presidente: "¿Está usted seguro, en primer término, de que existe ese calentamiento? Porque las pruebas originales, como usted sabe, se hicieron en zonas demasiado próximas a la costa, donde se espera que la temperatura del agua sea más elevada. En todo caso, suponiendo que la temperatura del agua haya subido entre medio y un grado centígrado, ¿puede usted asegurar que ello no se deba a ciertos cambios en las comentes?, ¿o a ciertos cambios repentinos ocasionados por múltiples factores?, ¿o a la actividad humana?". Y él respondió: "Ningún científico ha podido establecerlo aún".

Así pues, hemos de seguir adelante. En primer lugar, debemos mantener limpios nuestros ríos. Debemos mantener limpias nuestras playas o llegará el día en que no desearemos enviar allí a nuestros hijos. Y debemos organizar bien el almacenamiento y la eliminación de residuos tóxicos. Por otra parte, debemos seguir reuniendo datos científicos. No debemos pronunciarlos hasta que no estemos seguros. Si después resulta que el causante es el hombre, hemos de tomar ciertas precauciones razonables. En lo que a mí respecta, pienso que deberíamos economizar combustible en toda circunstancia. Así me criaron. Y hay mucho que se puede hacer a nivel individual. De modo que sí soy una ecologista, en el sentido de que aspiro a vivir en un medio ambiente decente. No me agrada que los niños respiren plomo. No deseo que haya más smog. En consecuencia, debemos seguir siempre inventando motores más y más eficientes, y así sucesivamente. En eso consiste la ciencia en un sentido estricto. Pienso que los recursos de la Tierra deben utilizarse de la manera más económica y eficaz posible, y debemos mantener el aire tan limpio como se pueda. Pero no se trata de caer en el delirio, ni de sugerir que volvamos todos a una forma de vida propia de la aldea primitiva. No es esa la idea.

*En la década de 1980 hubo diversas confrontaciones en el ámbito internacional. Su gobierno apoyó o recurrió al uso de la fuerza en algunas de esas oportunidades. ¿Cuáles fueron los motivos y las circunstancias que justificaron, a su juicio, ese curso de acción?*

Cuando el gobierno norteamericano decidió bombardear bases militares libias en respuesta a la escalada terrorista respaldada por el coronel Kaddafi, Ronald Reagan me telefoneó para manifestarme que: "No pod[í]amos permitir que esto contin[u]ara. De lo contrario, el terrorismo seguirá adelante en la impunidad y habrá más gente inocente que sufra a causa de ello. ¿Puedo utilizar las bases norteamericanas estacionadas en Gran Bretaña; puedo utilizar el espacio aéreo para atacar las bases libias?" Le respondí: "Déme unas horas para pensarlo. Es muy importante que los blancos estén claramente definidos; deben limitarse a instalaciones utilizadas para fines terroristas o fábricas de armamentos". Me reuní entonces con el Secretario de Relaciones Exteriores y el Secretario de Defensa. Porque estos asuntos no pueden discutirse en un gabinete en pleno, sino en un grupo pequeño. Y fuimos muy cuidadosos... ¡los hombres hablan tanto! Después de haberlo debatido, envié una respuesta: "Sí, siempre y cuando haya garantía de que será una acción netamente de autodefensa; los blancos se circunscribirán a objetivos militares y no habrá un bombardeo indiscriminado". Y así se acordó. Ningún otro país estuvo dispuesto a cooperar con Ronald Reagan para poner freno al terrorismo. Los pilotos hubieron de abandonar Gran Bretaña, bordear todo el litoral francés y el Golfo de Vizcaya, —porque no les fue permitido sobrevolar territorio francés ni español— hasta el Estrecho de Gibraltar. Y luego, tras catorce horas de vuelo, tuvieron que volar hasta los blancos del bombardeo. El terrorismo cesó entonces, al menos por un tiempo.

Tras la invasión de Kuwait por el Ejército iraquí, le expresé a George Bush que si Saddam Hussein no accedía a retirar sus tropas de Kuwait, habría que ir hasta allí para expulsarlos. De lo contrario, todo el golfo podría quedar bajo dominio iraquí. Desafortunadamente, no estuve en el gobierno para presenciar el final de la guerra. A mi juicio, debió haberse seguido adelante hasta obtener la rendición de Saddam Hussein. En lugar de ello, se dejó ir a Saddam Hussein con buena parte de la Guardia Nacional Republicana en pie, con buena parte de su Ejército y de su arsenal, los que luego utilizaría contra los kurdos.

En cuanto a los acontecimientos de los últimos tiempos en Bosnia, el mensaje que Bosnia envió al mundo fue que los serbios podían hacerse del territorio que quisiesen. Naciones Unidas, horrorizada, ha enviado fuerzas humanitarias, pero nada ha conseguido. Hace ya casi dos años señalé que había que permitirles a los musulmanes defenderse. Todo el mundo tiene derecho a la autodefensa. Naciones Unidas reconoce ese derecho, pero luego, mediante una resolución, les prohíbe obtener el armamento necesario para hacerlo. Dice una cosa con una mano y la evita con la otra. Ningún organismo internacional puede operar así. Se les debió haber dado un ultimátum. Pero en nuestro días los políticos ya no tienen el coraje que solían tener.

*En Gran Bretaña, al parecer, el gasto social de Estado sigue siendo un ítem muy importante dentro del presupuesto nacional. Nuestro país también ha tenido una larga tradición en ese sentido. No obstante, los antiguos enfoques de asistencia social no focalizada han sido puestos en tela de juicio y hoy se discute tanto el monto del gasto como la manera más efectiva de focalizarlo. Quisiera preguntarle, puesto que llevo algún tiempo trabajando en el área de las políticas sociales en Chile, si usted volviese al poder en Gran Bretaña, ¿a qué sectores daría prioridad?*

Ciertamente es un tema que ha venido discutiéndose por largo tiempo en Gran Bretaña, pero no se registran grandes avances. La razón de fondo estriba en que mucha gente no está dispuesta a abordarlo. Piensan que de entrar en el debate, resultarán descalificados o cuestionados por quienes querían reducir el gasto social. Pero el hecho concreto es que el gasto social no puede seguir creciendo a la tasa en que lo ha venido haciendo hasta ahora.

Ahora bien, es preciso tener un buen sistema educacional, en particular para los niños más pobres. La educación es una vía fundamental de ascenso y movilidad social, de descubrimiento de nuevas oportunidades. Es primordial tener buenas escuelas y buenos maestros.

Debe haber, asimismo, un sistema básico de pensiones. En Gran Bretaña tenemos un sistema de ese tipo que proporciona, a su vez, cierta ayuda adicional a quienes no disponen de otros recursos. Luego está la salud. Nosotros contamos con un servicio de salud que la mayoría de la gente utiliza, gratuito en los puntos de atención, que absorbe cerca del 4,5 por ciento del PGB.

Temo, sin embargo, que no podremos continuar con el sistema de pensiones y el sistema de salud tal y como están. Simplemente no vamos a ser capaces de afrontar la carga que significa un número cada vez mayor de jubilados —en relación a los restantes grupos de la sociedad—, y los servicios sociales existentes ya están exhibiendo problemas. Y luego están todos los otros servicios públicos que deben financiarse, como la defensa, las obras de infraestructura vial...

Intenté plantear este tema en el Grupo de los Siete en 1984. Nos reunimos en Londres y yo presidía la reunión. En esa ocasión manifesté: "la estructura etaria de la población está cambiando. Es preciso comenzar ahora a reflexionar sobre lo que vamos a hacer al respecto". Pero no quisieron debatirlo. Ni han comenzado a debatirlo hasta hoy. La Comunidad Europea había establecido que hombres y mujeres podrían gozar de una pensión a partir de una edad fija: las mujeres a los sesenta y los hombres a los sesenta y cinco. Posteriormente se amplió para todos —mujeres y hombres— hasta los sesenta y cinco años. Pero en algún momento habrá que abordar el tema de la exten-

sión del período de vida activa, para reducir en parte el problema. La opción de prolongar la vida activa hasta los setenta, por ejemplo, permitiría conseguir una pensión mayor.

Recuerdo haber recorrido la India con la señora Gandhi y haber visto algunas de sus urbanizaciones estatales. Y le dije: "Qué interesante. ¿Cuánto pagan de alquiler?" "¿Alquiler?" —contestó ella— ¡Las están comprando con su salario!". Así aprendimos un par de cosas. A mi juicio, sólo nos queda enfrentar el problema y debemos hacerlo, no en cada país por separado, sino en una búsqueda de carácter internacional. Es una tarea que todos hemos de emprender.

Yo no puedo decirles qué hacer, salvo incentivar quizás a la gente a que trabaje durante un período más prolongado, tal vez en labores de tiempo parcial. No sé cómo están ustedes encarando este problema en Chile, pero Gran Bretaña nos sugiere un ejemplo interesante: mucha gente está realizando hoy trabajos de tiempo parcial, disfrutando de la independencia económica que ello supone. Y actualmente hay muchas más ocupaciones de tiempo parcial.

*Con el derrumbe de la ex URSS y de los socialismos reales en Europa central y del este, y la aparición de los llamados socialismos renovados, ¿en qué puede llegar a diferenciarse en el futuro un gobierno socialista de un gobierno de orientación liberal?*

Las diferencias que habrán de aflorar primero, a mi juicio, son las siguientes. El tamaño del Estado crecerá bajo un gobierno socialista, porque se tenderá a hacer más cosas a costa del contribuyente, dejando cada vez menos espacio a la iniciativa individual. De tal manera que aumentarán el gasto público y los impuestos. Ello forma parte de la tradición socialista.

Segundo, un gobierno socialista estará dispuesto a ahorrar en defensa, lo que podría llegar a ser fatal. Ha habido conflictos desde que el mundo existe, y no dejará de haberlos cuando acabe el presente siglo. Puede que no sean grandes confrontaciones, pero ya ven, después de todo, la invasión de Kuwait era un conflicto menor, que de no haberse detenido a tiempo pudo haberse transformado en uno mayor. No se debe permitir que el gasto en defensa disminuya, pues con ello un país arriesga su libertad. Una defensa sólida es el principal bastión de la libertad.

Tercero, un gobierno socialista tenderá naturalmente a hacerse de más y más poder. No de un modo frontal sino poco a poco, conforme a la doctrina fabiana. A medida que aumenta paulatinamente el gasto, la deuda también lo hace. Una parte de ella se cubre con mayores impuestos y la otra con mayor endeudamiento.

En breve, subsistirá la diferencia entre la tendencia natural de algunos a promover un tamaño más grande del Estado y la tendencia del empresario verdaderamente creativo a señalar: "Vea usted, es la creatividad de la libre empresa la que realmente ha hecho grandes a los países". Allí es, a mi entender, donde habrá de librarse la batalla fundamental. Ésta no ha terminado. Los postulados comunistas no han desaparecido por completo. Volverán a introducirse en los partidos socialistas, como siempre lo hicieron, y en los sindicatos. La batalla de las ideas nunca cesa.

*¿Piensa usted que existe un conflicto de intereses entre las políticas sociales encaminadas a mejorar el nivel de vida de los pobres y el apoyo simultáneo al libre mercado, abriendo espacio a las capacidades empresariales a través, por ejemplo, de nuevos programas de privatización? Usted se ha referido a la necesidad de definir la postura correcta en términos intelectuales, de la importancia de los medios de comunicación, de las políticas que deben promoverse. ¿Qué les señalaría usted a los empresarios y a quienes ocupan cargos directivos en las empresas privadas?*

Me parece que el gobierno de Ronald Reagan es un buen ejemplo de lo que debe hacerse. Se crearon más puestos de trabajo durante la administración de Ronald Reagan que bajo ningún otro presidente anterior. Y él mismo señaló que no fue el gobierno el que los creó; lo que hizo el gobierno fue crear las circunstancias apropiadas para que florecieran las pequeñas empresas. Lo más importante es la creación de nuevas empresas y, principalmente, de pequeñas empresas. De modo que hay que prestar atención a las regulaciones, pues el principal freno para ello suele radicar en la cantidad excesiva de normas y reglamentaciones imperantes. Durante mi gobierno se crearon también muchísimas nuevas fuentes de trabajo. Hoy día, en cambio, ya no se los crea en la misma medida debido a que han aumentado las regulaciones.

Pero hay épocas particularmente difíciles, en especial para los jóvenes. Justo cuando teníamos la esperanza de estar dejando atrás la recesión —a comienzos de la década de 1980—, me planteé contraria a que los jóvenes, habiendo terminado sus estudios, no encontrasen trabajo. Eso es lo peor que puede ocurrirle a un joven. Establecimos entonces —David Young me ayudó a concebir la idea— el programa de Oportunidades para la Juventud. Reunimos a todas las confederaciones del comercio y la industria y les propusimos un programa temporal, primero por un año, ampliable eventualmente a dos, para que todos los jóvenes que finalizaban sus estudios secundarios pudiesen tener acceso a un puesto de trabajo en una empresa, o incorporarse a algún negocio para aprender un oficio. Como incentivo, se les ofrecería una remuneración

mayor que el monto del subsidio de desempleo. Lo importante es que todos llegasen a conocer una empresa u oficio determinado.

De este modo pudimos garantizar a cada joven que terminaba la escuela en julio que el próximo mes de octubre contaría con un empleo dentro del programa de Oportunidades para la Juventud. Al final, hubimos de extenderlo a dos años. Y funcionó... Al menos les permitió a los jóvenes hacerse una idea de cómo opera una empresa. Sabían que estaban haciendo algo y, aunque no obtenían una paga demasiado buena, contaban con algún dinero para hacer sus cosas. No todos ellos, pero algunos sí se incorporaron a pequeñas empresas. No todos los empleos correspondían a lo que estaban buscando, pero les permitió no quedar a la deriva en las calles, sin saber en qué ocupar su tiempo. Pienso que en esas circunstancias ello fue razonable. Cuando la economía cobró impulso nuevamente, surgieron nuevas empresas y el problema disminuyó.

Por cierto, en estos momentos no es algo fácil de hacer. Estamos viviendo un período muy complejo de creciente automatización. Un proceso que ocasiona grandes trastornos, comparable al que experimentamos a principios de siglo con la mecanización. Es algo a lo cual no hemos acabado de habituarnos. No hemos aprendido aún a detectar nuevos puestos de trabajo, aunque habremos de hacerlo tarde o temprano. Esta es una época de transición muy difícil, y me parece que, en ese sentido, hicimos lo correcto. Dejar a los jóvenes sin trabajo era lo peor que podría haberles sucedido. □